

En recuerdo del Profesor Enrique Pérez-Payá

El repentino fallecimiento del Profesor Enrique Pérez Payá ha causado una amplia consternación en el mundo científico dedicado a la investigación en la frontera de la química y la biología, tanto en España como más allá de nuestras fronteras. Enrique Pérez Payá había nacido en Monòver (Alicante) en 1962. Inició sus estudios en Ciencias Químicas en la Universidad de Alicante en el año 1980, y los concluyó en la Universidad de Valencia (1986) donde, además, los orientó hacia la Bioquímica. Tras licenciarse, realizó también su doctorado en el Departamento de Bioquímica y Biología Molecular de la Universidad de Valencia (1992), bajo la dirección de la Prof. Concepción Abad y el Prof. Lorenzo Braco. Desde un principio, Enrique mostró una inclinación hacia las ciencias de la vida y por descubrir sus bases químicas con el fin de utilizar este conocimiento para corregir las disfunciones que dan lugar a enfermedades como el cáncer. Prueba de su inquietud por el aprendizaje y formación como puntal para desentrañar las bases químicas de los procesos biológicos fue su estancia posdoctoral en el Torrey Pines Institute en San Diego en California (1993-1996) donde, bajo la supervisión del Prof. Richard Houghten, estudió y utilizó, los principios explotados por la naturaleza para generar diversidad química, lo que conocemos como la química combinatoria. Disciplina que posteriormente implantó, no sin las dificultades asociadas a un concepto y visión novedosas, en España.

A su retorno de la estancia posdoctoral, Pérez Payá se incorporó a la Universidad de Valencia, primero como Profesor Ayudante y a partir de 1998 como Profesor Titular. Es en esos años cuando, en un entorno en el que encuentra el apoyo de la Prof. Concepción Abad y de su amigo y compañero de toda la vida, el Prof. Ismael Mingarro, trabaja denodadamente para compartir las numerosas obligaciones docentes con el cultivo de líneas de investigación innovadoras. La aplicación de la química combinatoria para identificar compuestos bioactivos con estructura peptídica o pseudo peptídica y para entender la bioquímica y la biofísica implicadas en los mecanismos de regulación celular centran su atención. Su exitosa experiencia posdoctoral junto con su ya amplia cultura científica, unidas a la inquietud de espíritu que marcó toda su trayectoria, le conducen a crear su propio grupo de investigación y a establecer todas aquellas colaboraciones que le permitan avanzar en una investigación de excelencia traslacional.

Consecuencia de un alto entusiasmo por personalizar su tarea investigadora y que ésta ocupe el máximo de su tiempo, reenfoca sus intereses profesionales y accede por oposición en 2002 a una plaza de Investigador Científico del Consejo Superior de Investigaciones Científicas, adscribiéndose al Instituto de Biomedicina de Valencia. La creación del Centro de Investigaciones Príncipe Felipe en Valencia le ofreció la oportunidad de establecer su laboratorio de Química de Péptidos y Proteínas, y ponerse al frente de la Sección de Química Médica en esas magníficas e ilusionantes instalaciones. Pocos años más tarde Pérez Payá promocionó a Profesor de Investigación del CSIC, demostrando su valía y excelencia científica, ampliamente respaldada y reconocida por la Institución estatal, así como por la comunidad científica.

Tomando sus propias palabras, Pérez Payá consideraba que su principal aportación era el haber perseguido una investigación multidisciplinar y traslacional real, dirigida a resolver problemas de la sociedad. Así, desde la fundación del grupo de investigación, focalizó su investigación en identificar y estudiar compuestos bioactivos con aplicaciones biomédicas como el tratamiento del cáncer, el dolor y las enfermedades neurodegenerativas. Para ello, Pérez Payá colaboró con muchos laboratorios que le ofrecían la complementariedad necesaria para dotar de valor terapéutico los compuestos que diseñaba y producía en su laboratorio. Consciente de que el desarrollo farmacéutico de un compuesto es un proceso largo, costoso y muy arriesgado, junto con su inquietud de transferir los conocimientos a la sociedad, Pérez Payá, con la colaboración del Prof. Antonio Ferrer Montiel, comenzó en 1998 a aplicar su conocimiento al mundo de la dermatología, con el fin de dotar de valor científico a productos con aplicaciones dermocosméticas. Como ejemplo de éxito de esta estrategia surgieron productos que emulaban la actividad antiarrugas de la toxina botulínica (el conocido efecto Botox). Esta tecnología se patentó y transfirió a una compañía nacional para su explotación, constituyendo un hito en investigación traslacional.

En los últimos tiempos, Pérez Payá contribuyó seminalmente al desarrollo en España de la biología química dirigida a identificar moléculas moduladoras de interacciones proteína-proteína en distintos campos de interés terapéutico. Sin duda, Pérez Payá contempló su labor investigadora bajo una amplia perspectiva. Por encima de todo, su ambición era llevar a cabo una investigación innovadora y de calidad. Con todo, este objetivo no colmaba sus aspiraciones. Estaba convencido y defendía con firmeza en cualquier oportunidad que, además de una investigación de calidad, el compromiso del científico implicaba que los frutos potenciales de esa investigación tuvieran siempre la vista puesta en su aplicación a resolver problemas de nuestra sociedad, por encima del reconocimiento personal. En sus áreas de interés, este compromiso se traducían en los esfuerzos encaminados hacia el descubrimiento de fármacos, su caracterización biofísica, y su utilización como moléculas útiles para desentrañar las rutas y mecanismos de señalización y comunicación celular. En los últimos años, el desarrollo de inhibidores del suicidio celular (apoptosis) constituye otro ejemplo de investigación de excelencia traslacional. Estos compuestos han sido también transferidos a través de licencias al sector industrial para su desarrollo terapéutico. Una trayectoria similar ocurrió con los inhibidores de ciclo celular o con péptidos diseñados para actuar de manera específica contra distintas patologías de la piel.

A todo lo expuesto hay que añadir la inquietud emprendedora de Pérez Payá que le llevó en el año 1999, en una época donde la emprendeduría científica en España no era admitida por amplios sectores de la sociedad científica y universitaria, a participar en la creación de la empresa DiverDrugs, una Spin-off que aspiraba a convertirse en un referente nacional en la generación de riqueza a partir del conocimiento que produce la investigación científica. Esta iniciativa empresarial que, a pesar de la difícil coyuntura económica sigue plenamente activa, fue adquirida

en 2012 por una multinacional americana. Enrique se sentía orgulloso de haber sido un emprendedor pionero, y de que el proyecto DiverDrugs con el tiempo haya sido, y esté siendo, emulado por muchos científicos con la creación de más empresas de base biotecnológica que, sin duda, están contribuyendo a diversificar la base económica del país, y a prepararlo para un futuro brillante. Pérez Payá no cejó de considerar su participación en nuevas aventuras emprendedoras. Así, actualmente, estaba ya preparando con entusiasmo el plan de negocio de una nueva iniciativa empresarial, ilusión que el destino, como tantas otras, le ha truncado.

A lo largo de su carrera, Pérez Payá publicó más de un centenar de artículos científicos, la mayor parte en revistas internacionales de primera fila, siendo un autor citado y admirado por colegas de todo el mundo. Director de Tesis doctorales, miembro del Comité Organizador de numerosos Congresos y Reuniones nacionales e internacionales, coinventor de patentes, buena parte de ellas transferidas o licenciadas al sector industrial, impartió asimismo cursos de postgrado y conferencias como profesor invitado. En el curso 2006-2007 se trasladó con su familia a la Universidad de California en San Francisco para residir en año sabático en el laboratorio del Profesor James Wells y para este verano tenía planeada, con gran ilusión, una estancia de tres meses en Australia (comentaba que sería quizá la última oportunidad de llevar a esposa e hijos conjuntamente por el mundo). Pérez Payá recibió asimismo distintos reconocimientos a su labor científica, como el Premio de la Fundación Inquifarma en Ciencias de la Salud y el Premio Iñigo Alvarez de Toledo a la Investigación en Nefrología.

No obstante, más allá de la calidad del trabajo investigador y del prestigio y reconocimiento adquiridos, brillaba la personalidad de Enrique Pérez Payá. Para quienes tuvimos el privilegio de contar con su amistad, no podemos más que destacar sus cualidades como persona y dar cuenta del enorme vacío que su ausencia nos ha creado. Honesto, trabajador, con un sentido de la responsabilidad para con los que de él podían depender, crítico frente a las injusticias que le rodeaban (muy frecuentes en estos últimos tiempos), todo ello combinado con un gran corazón, fiel a su familia, a sus amigos, sintiendo la alegría de vivir y queriéndola compartir, fuera alrededor de una mesa, cocinando una paella o montados en la moto y recorriendo paisajes únicos. Nos ha dejado no solamente un científico de relieve, de los que hacen tanta falta en la ciencia española, sino una gran persona.

Por todo ello, colegas y amigos del mundo científico y de fuera de él queremos transmitir a Susa, su pareja inseparable, y a Carla, Enric y Albert, sus queridos hijos, así como a sus padres y familia entera, nuestra profunda condolencia por esta pérdida, injusta y a deshora. Entre todos los que le conocimos y quisimos, el recuerdo de Enrique será imborrable y su ejemplo como científico y persona, una guía de comportamiento y actitud. En estos tiempos, donde tan difícil se vislumbra encontrar motivos para confiar en el futuro de la investigación española, donde a los científicos se nos exige conseguir cada vez “más con menos”, pueden existir dos actitudes contrapuestas. Tirar la toalla, buscando refugio en otras latitudes, más hacia el Norte, donde todavía se cree que la

ciencia es un motor incuestionable de generar riqueza y bienestar a través de crear conocimiento y tecnologías innovadoras, o bien resistir con los escasos medios disponibles, para que lo que con tanto esfuerzo hemos creado y conseguido pueda tener una esperanza de continuidad y futuro. Enrique Pérez Payá, como una gran mayoría de científicos de este país, eligió el camino de seguir luchando por mantener la actividad científica en España, haciendo cada vez más con mucho menos, llegando muy probablemente al límite y tensando la cuerda quizá demasiado. Quienes por un lado y otro siguen forzando que se estire, deberían reflexionar seriamente sobre lo que pierde nuestra investigación y la futura creación de conocimiento, riqueza y bienestar con pérdidas como la de Enrique. Hasta el “más por menos” que nos intentan inculcar los responsables de nuestras Instituciones tiene, ha de tener, un límite. En una sabrosa autobiografía que le solicitó el Consorcio SICI del programa Consolider-Ingenio 2010 al que pertenecía, Enrique no cejaba de recordar que había sido “un tipo con suerte”, pero más bien habría que reconocer que la Ciencia Española ha sido la que ha tenido la suerte de contar con un “tipo” como Enrique.

Antonio Ferrer Montiel, Catedrático de Bioquímica y Biología Molecular

Instituto de Biología Molecular y Celular
Universidad Miguel Hernández
aferrer@umh.es

Angel Messeguer Peypoch, Profesor de Investigación del CSIC

Dpto. de Nanotecnología Química y Biomolecular
Instituto de Química Avanzada de Cataluña (IQAC-CSIC)
angel.messeguer@iqac.csic.es